

Antología de Espantapájaros



Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

A la duda, mi gran maestra.

Agradecimiento

Al silencio, que me sostuvo.

Sobre el autor

Poeta experimental, arquitecto de silencios y paradojas. Mis versos buscan el límite entre lo íntimo y lo universal, con cierres minimalistas que consagran la duda como destino.

Índice

Vorágine

Espantapájaros

Debajo de mi nombre

Aldea

Credo del incrédulo

Donde nace mi universo

Cuando ya no soy

A punto letra

Acta absurda del día

Humano

Ochenta y tres pasos

Persistir

Soñar el mundo

Juego imperfecto

Escama rebelde

La eternidad del instante

Premisa

Veneno de ángel

Reposo absoluto

Manos

Esdrújula onírica

Morot? ñe??ngái

Moscas

Alma

Vorágine

Me sueño como canica,
al borde de un abismo cónico,
difuso como galaxia,
estremecedor como el miedo.

Me dejo caer,
profusa espiral, incierta,
soy un neutrón
una neurona sufriente,
que busca sustancia
en la existencia.

Ahora en caída libre,
por el esófago del universo,
que me deglute,
entre culpa,
y espasmos de aburrimiento.

Trato de aferrarme,
pero recuerdo,
que soy una canica,
en el cuerpo de una serpiente,
infinita, que muere si se sueña a sí misma.

Giro en mi redondez de esfera,
la vorágine me define,
el caos me nombra,
y aún no descubro,
si es sueño
o metamorfosis.

Espantapájaros

Epígrafe:

"Pedirle a un niño que vaya a la esquina a ver si llueve era, en verdad, una manera de decirle: no molestes, los adultos estamos hablando. De ahí nace esta historia."

Una vez, cuando niño,
me pidieron
que fuera hasta la esquina
a ver si llovía.

Confiado acepté la propuesta,
y fui hasta la esquina,
pero al llegar, no llovía.

Como no podía regresar
con las manos vacías,
pensé que tal vez,
en la otra esquina
mi suerte cambiaría.
Pero al llegar,
ni rastros de lluvia hallaría.

Seguí caminando,
y en mi obstinación
presentía
en cuál de todas ellas
ese milagro sucedería.

Y pasaron las horas,
el día se volvió noche,
la noche bostezó el día,
y aunque, sin novedades,
yo persistía,
no podía regresar

con las manos vacías.

Adiós don Francisco,
¿Sabe usted cuándo habrá tormenta?
Hola doña Angelita,
¿Cree usted que pueda llover pronto?

Y en un abrir y cerrar de ojos
vi pasar las estaciones fugaces,
al cielo en penumbras,
a la luna cambiar de fases.

Hasta que un día
una nube dio a luz su llanto bravío
y empapó de asombro
mi cuerpo de trapos raídos.

Las gotas eran letras
en pendiente ordenada
como en un alfabeto,
y fue tan grande diluvio
que mojó mi alma,
mi piel,
mi esqueleto.

Por fin la encontraba,
al fin sucedía,
corrí como rayo
a dar la primicia,
quería ser el primero.
en contar la noticia.

Pero al llegar a casa
en nada se parecía,
mis abuelos ya no estaban,
y en aquella reunión

nadie más hablaría.
Me sentí un extraño,
y no alcanzaba entender
cómo podía ser
que mi cuerpo hubiera cambiado.

Confundido, volví sobre mis pasos,
buscando mi pasado de infortunios.
Ya no quedaban nubes,
solo un cielo despojado.

Tan solo hallé mi inocencia,
allí la había dejado.
El cielo despejado
era un espejo sin dueño
y yo, espantapájaros,
persistía en la intemperie
como sombra del milagro.

Debajo de mi nombre

Pudo ser error,
este rayo de luz
que insiste en fingir silueta.

Lo inevitable rasga mi piel,
la certeza pende como tormento.

La palabra abdica,
la ilusión conquista
este juego de promesas,
su máscara frágil de eternidad.

¿Verte será azul?
tal vez.
O serán matices que aún no descubro.

La tarde se quiebra,
se extinguen demonios,
si me asumo infinito.

Y aunque me declaro en fuga,
permanezco,
en este cuarto de penumbra,
pendiente del error,
debajo de mi nombre.

Aldea

Llegar a la aldea
reconocerse rozando los hocicos,
mover el júbilo de rabo,
y aullar a la luna
en toda su redondez.

Encender los faroles
que conducen a la guarida,
y saludarse de presagios,
meneando las siluetas,
gozando la desnudez.

Dar inicio a la fiesta
de huellas profundas,
pasos de arena
en tiempo fugaz.

Jadear la carrera
que lleva a encontrarte,
banderas de manchas
que perciben
sin ver.

Y así,
sacudir las orejas,
el cuerpo
la algarabía,
y dejar que vida sea
esa vela encendida,
ese fuego que convoca,
en la tibieza de tu piel.

Credo del incrédulo

Hablo con muertos,
hablo con muertos, digo,
vos en mi mente,
mi prosa,
mi diálogo vivo.

No asisto a sepulcros,
no es allí donde habito,
no descifro laberintos,
no traspongo pantanos,
solo a veces muero
para entrar en su plano.

Hablo con muertos,
hablo con muertos, sigo:
y aunque juzgues incrédulo,
sé bien lo que digo.

Es un juego de imágenes,
de un pasado dormido,
que despierta presente
si los pienso conmigo.

Sangra la voz,
ausente el sonido,
por la carretera del universo,
vigésimo noveno sentido.

Hablo con muertos,
hablo con muertos, digo,
que creas mis palabras
lo dejo a tu albedrío.
No dejo de creer ni desconfío,

llevo en mi carne
las respuestas que ansío.

Y allí concluyo:
hablo con muertos,
porque en mí
la muerte sigue viva.

Donde nace mi universo

Cierro los ojos,
inspiro profundo:
mi alma arde en azul,
asciende por un túnel
placentero como útero.

Cruzo nebulosas,
se abren ojos como promesas,
la energía quema,
plasma recuerdos
en muros que nombran.

No hay cercos,
ni cerca:
el horizonte es fábula
que desintegra el ser,
hasta soltar mis átomos a la deriva.

Soy destello,
apenas fulgor,
en un barco de velas
que mueve la incertidumbre,
con un timón sin sentido
cuando acaba el destino.

Surge una imagen difusa,
niebla de balcones y rascacielos
inertes,
que fingen embarazos.

Y esa luz tan blanca
que me revela por dentro,
allí,

donde nace mi universo.

Cuando ya no soy

Quiero que todos se alejen,
ya no quiero ser el pasajero de este viaje,
mi cabeza es como un rayo,
que no encuentra conducción hasta la tierra.

Ya no tengo fuerzas,
mis nervios se adhieren a la piedra
en cada hueco,
y en cada grieta.

Quiero que el ruido se apague,
que este cuerpo deje de fingir pertenencias.

Camino entre sombras que no me reconocen,
como si mis pasos fueran de otro
y yo apenas un reflejo mal pegado al suelo.

Hay un temblor que no se decide,
una constelación que me nombra sin pronunciarme.

A veces creo que soy un resto,
un fragmento que el mundo olvidó barrer cuando terminó de construirse.

Y sigo,
aunque no sé hacia dónde,
con la sensación de que todo se vuelve opresión,
como si la vida fuera un traje prestado que nunca termina de ajustarme.

Y avanzo igual,
aunque cada paso sea un error repetido,
una insistencia absurda de alguien que no termina de existir del todo.

El mundo sigue su coreografía,

pero yo no entro en la figura,
soy el gesto que sobra,
la nota que nadie pidió y que aun así vibra en el aire como un insecto atrapado en una copa.

A veces creo que fui hecho para otra gravedad,
para un suelo que no existe acá,
y por eso mis huesos crujen como si intentaran recordar un planeta que nunca conocieron.

No busco respuestas,
ni siquiera un nombre.
solo quiero entender por qué cada grieta me reconoce mejor que cualquier rostro.

Porque no muere ese sentimiento que me desgarras,
porque no deja de doler,
tanto absurdo de esta vida.

Quizás por eso no encajo,
porque mi forma pertenece a un lugar que no existe en este mapa,
un territorio que se pliega y despliega solo cuando cierro los ojos
y dejo que solo el silencio me hable.

Pero abro los ojos y vuelvo a ser este desajuste,
este eco sin origen,
este cuerpo que no termina de ocurrir.

A punto letra

Tengo un cuerpo
lleno de vacío,
un pulso restringido,
y negaciones.

Una existencia estanca,
etérea,
liviana como mentira,
indescifrable como esperanza,
terca como necesidad.

Soy un cuento
a punto letra,
una esquela,
una excusa,
la circunstancia de alguien más.

Tal vez el trance,
entre origen y asesino,
la nube
que niega el índigo
al desconocer su propósito.

Y aunque intento llenar
este cuenco remanido,
descubro que el vacío
no me sienta mal.

Acta absurda del día

Hoy desperté optimista,
miré el reloj: aún tengo vida.
Dudé un instante,
si tomar café
o tomar conciencia,
pero recordé que la conciencia en exceso
no es buena para el insomnio.
ni para mantener la cordura.

El calendario insiste,
estamos en Febrero:
mes de purificación
y limpieza.
Observo los vidrios de mi ventana,
ruego que pronto llegue marzo
o llueva detergente.

Dudo en ver las noticias,
pero tomo coraje y leo:
"el paraíso se prende fuego",
"junta para la paz fracasa",
"continúa la limpieza étnica en Gaza".
Para un día de optimismo
todo suena inoportuno,
en un planeta donde no habita clemencia,
la única opción es fingir demencia.

Entre inicio y pausa
negocio con el día,
abro el móvil
miro pronósticos del clima,
todos predicen lo mismo:
cielo despejado,

sin viento del este.

Las probabilidades de verte
caen como acciones
en la bolsa de ilusiones.

Decepcionado,
recurso a los astros,
pero el periódico anuncia:
Sagitario en huelga
por tiempo indeterminado,
cerró fábrica de flechas.
Consulto el chino:
y para Serpiente aconseja
no enroscarse con la realidad,
apestá.

Luego, aclaro mi mente,
y pienso:
si cada día es lotería,
por qué no sueño mi vida.
Analizo mis posibilidades,
y concluyo:
mejor no echarlo a suerte,
seguro salgo sorteado
para mi propia muerte.

Entonces decido:
si el universo protesta,
yo también me declaro en alerta,
cierro los ojos,
y firmo con un bostezo
el acta absurda del día.

Humano

Cien mil latidos,
y mi día aún no termina,
me ato a la pausa,
a la constancia
del minuto incierto.

Veinte mil exhalaciones,
y sigo:
absorto ante la llama,
como humano primitivo
asumo calor de madera,
y es vida
lo que arde.

Mis células insisten,
su absurdo cometido,
mi cuerpo es pasado,
un país sin bandera,
un territorio perdido.

Quince mil destellos,
mis ojos alucinan,
mi mente no comprende
cómo admitimos el amor
que no podemos ver.

Cien mil latidos,
y mi día aún no termina,
repaso mis prioridades,
la memoria dicta tu nombre.

Ochenta y tres pasos

Buen día, te dije,
cuando amanecí entre tus sombras,
¡qué hermoso día!
no sé si dormías
o si eras el brillo que me inventaba.

Me vestí como pude
y fui por una hogaza de pan.
Sé que te encantan las tostadas.
- ¿Cómo anda el señorito?
- ¡Qué temprano esta mañana!
Me sonrió doña Paula.
- ¿Lo de siempre?
Sí, por favor, respondí,
y su mirada me untó de ternura,
como si el pan llevara su propio milagro.

Ochenta y tres pasos contados,
como quien mide la distancia
entre la costumbre y la esperanza.

Volví como rayo,
abrí las ventanas,
la brisa traía jazmines.
- Amor, ¿vas a querer miel o manteca?
quise preguntarte,
pero temí despertarte,
e improvisé todo el acto.

El aroma a café inundaba el cielo,
aunque más no sea
el cielo raso del departamento.
El pan recién horneado

se doraba como piel al sol de verano.

Lista una lágrima, sin azúcar,
sé que lo tomás amargo,
y sin recuerdos.

Cae el mantel
con la suavidad del rocío sobre la mesa,
y aunque libró mil batallas
aún se disfraza de capa
para derrocar villanos imaginarios.

Dos tazas dialogan en secreto,
la azucarera introvertida apenas escucha,
los individuales se fascinan
con la luz que las cucharas reflejan en las paredes,
y la manteca insiste con que prefiere el invierno.

Cuando todo estuvo dispuesto,
corrí a despertarte.
- ¡Amor, todo está servido!
Pero hallé silencio,
y maldigo mi suerte,
cuando al fin entiendo
que ya no estamos,
que ya te has ido.

Persistir

Llueven suspiros como gotas,
almas errantes,
besos del cielo
que ungen la herida,
y se disfrazan de consuelo.

Día de luz gris, tenue,
quietud que transmuta,
el amor inventa acertijos,
el diablo ensaya ser bueno.
¿Quién descifra la farsa?
¿Quién sostiene la máscara?

Nubes que persisten,
carrozas trashumantes
cargan pensamientos.
¿Quién no anduvo por las nubes alguna vez?
Ideas que luego se disipan
apenas el sol las nombra.

Brisa fresca que eleva,
toda promesa va al cielo,
también los olvidos,
porque todo lo que se libera
termina siendo cielo.

¿Qué importancia tiene un día que insiste en no ser?

Así es la vida:
hay días sin elegancia,
hay días crueles,
días intrascendentes
como esta llovizna que persiste.

Pero aun así,
son necesarios,
porque hasta la llovizna enseña
que existir es persistir,
y persistir es el acertijo
que nunca se resuelve.

Soñar el mundo

Quien sueña fuera del mundo, lo reinventa.

Río plateado que nace en el brillo,
mezcla de lluvia y rocío,
avanza obstinado en su cauce bravío,
anidan su cuenco, corrientes y remolinos.

Las piedras en sus orillas
resisten con hidalguía,
sangran sus grietas,
esquirlas de arena
lisura de musgo ungido.

De pronto la serpiente
se enrolla,
se aleja y olvida;
la garza en su portento,
regaña al pez
que rehúsa ser su alimento.

Un sauce tortuoso
roza su lecho;
el río estalla de risa:
sus hojas, sus ramas
inventan cosquillas.

Las gotas que salpican
se precipitan, se vuelven alas,
encarnan en aguaciles
que beben de su agua bendita.

Una y otra vez se sumergen
las hojas con sus ramas,

donde apenas se sostiene
diminuta apariencia
de gris caparazón y antenas parvas,
que lucha por no caer
a la rápida cascada.

El cauce multiplica por cien sus embates,
el sauce resiste,
la vida se aferra,
y en un punto se parecen:
solo tienen un propósito.

Las ramas se arquean,
las hojas se estremecen
bajo un sol que resplandece,
luego:
todo termina de improvisto:
cierro el grifo,
el perejil queda limpio.

Juego imperfecto

Juguemos un juego,
lúdico imperfecto,
donde la resta sea milagro,
y toda suma, encuentro.

Que el pensamiento
no divida,
que llene de decenas,
de centurias la algarabía,
y sea la raíz buscada
todo gesto de alegría.

Que reine la aritmética,
esta métrica sin salida,
y sea el amor,
sentido último
de toda geometría.

Pensemos la fórmula,
descubramos el resultado,
contemos caricias de forma lenta,
y besos hasta perder la cuenta.

Y al concluir el pasatiempo,
resuelto el teorema
con cada teoría rebatida,
que la vida sea recreo,
y acabe en tablas la partida.

Escama rebelde

Tengo anzuelos
bajo mi piel
soy la escama rebelde,
la llaga ajena
que quebró el destino

El soldado,
que premió la bala,
nebulosa púrpura
en el pecho,
y la suerte como abrojo
en la planta de los pies.

Un androide deprimido
que no encuentra parecido,
ni álbum familiar.

La duda que persiste,
la esperanza del obrero,
un policía en uniforme rosa,
un millonario sin fortuna,
un verdugo culposo.

El físico que al fin
comprueba la gravedad,
antes de morir.

Soy una mente que narra
episodios enmendados,
recuerdos que fingen ser.

Un condenado
que teme a su libertad,

a la oscuridad que la sostiene.

La especie extinta,
que reverencia en ausencia.

Ahora asumo la pausa,
me quito el cencerro
y descanso sobre un dedo,
el imán dice:
aún tengo profecías
por desmentir.

La eternidad del instante

Gruye la grulla,
inaugura la ola
su comarca efímera,
su tumba de arena
que se disuelve en la sal.

Todo es instante.
Incluso,
el instante se devora a sí mismo,
instante antes
de ser eternidad.

Momentos transeúntes
en tiempo lineal,
que todo lo devora,
excepto la grieta
que sostiene la memoria.

De dónde proviene
esta fuerza que me nombra,
que se revela al minuto
para doblarse después.

Dónde estás ahora,
en qué elipse vas a estar,
cómo poder hallarte,
si marchita la rosa de los vientos.
¿Serás estrella brillante
o planeta oculto,
inalcanzable?

Si pierdo la memoria,
seré presa del tiempo lineal,

y en su arrebató
me extingo.

Premisa

Tengo esta llaga que recuerda,
esta duda que ama,
esta certeza
que a veces deserta.

Esta sombra pesimista,
de esta tarde en fuga,
y esta soledad
que prevalece en la espera.

Tengo tus esquirlas en mi carne,
y este manifiesto de fe
que el verbo sangra.

Esta presunción de vida
y un santuario,
y en tus manos
la desnudez que me viste.

Tengo estos pasos,
y esta esquina,
y esta calle
donde la luz se astilla.

Tengo la resaca de tu savia viva,
y las secuelas
de este amor con arritmia
que insiste en su desorden,
ser mi sanación,
ser mi herida.

Veneno de ángel

Mordiste mi carne,
siento el veneno recorrer mis venas
como migrante cruza la frontera
buscando un antídoto que no existe.

No tengo miedo,
No tengo miedo,
No tengo miedo.

Mi cuerpo se estremece,
escucho mis latidos
como señales tribales,
sentencia que arde en la noche.

No tengo un cuerpo,
solo esta piel rasgada en tu mordida
que mana recuerdos a borbotones,
esta respiración entrecortada
que delata mi guarida.

No tengo miedo,
No tengo miedo,
No tengo miedo
de la muerte que diste.

Mis músculos se entumescen,
ya no puedo moverme,
soy solo una mente que piensa,
un soldado caído,
un hálito que presiente la penumbra.

No tengo miedo,
No tengo miedo,

No tengo miedo
de este final de quietud.

Aun así
no puedo verte, demonio,
aun muriendo,
mis labios te presienten:
no te nombro verdugo,
en tu veneno letal
siempre serás mi ángel.

Reposo absoluto

Tropecé con mi suerte
y el traumatólogo me dijo:
"Reposo absoluto, nada de ilusiones".
Pero yo, obstinado,
me receté mil días de esperanza.

Al quinto día,
cuando el dolor ya bostezaba,
me atropelló la indiferencia
- sin anestesia, sin disculpas -
y la herida volvió a abrirse
como un negocio familiar.

Al décimo día,
me internaron en la sala de urgencias
por exceso de nostalgia:
diagnóstico oficial:
fractura múltiple de recuerdos.

Al día veinte,
el cirujano recomendó amputar
la parte del alma que aún soñaba.
Firmé el consentimiento
con tinta de resignación.

Al día treinta,
me dieron el alta
con una prótesis de cinismo
y un bastón de sarcasmo.
La enfermera me sonrió:
"camine con cuidado,
la indiferencia suele embestir de nuevo".

Al día cuarenta,
me citaron en terapia intensiva
para rehabilitar la esperanza.
El fisioterapeuta insistió:
"levante el ánimo como si fuera una pesa".
Yo levanté el vacío
y se me dislocó la fe.

La receta final:
reposo absoluto,
no más medicinas,
cuidar la autoestima
y no consumir ironías,
que para sanar
solo basta
con reírme de mi propia herida.

Manos

Observo mis manos:
diez dedos como aforismos,
músculos y tendones,
huesos esclavos
que declaman emancipación.

¿Adónde irán sus palmas extendidas
cuando no puedan alcanzarte,
cuando ya no me necesiten
y sean libres, al fin,
de mi cuerpo y su quietud?

Cuando su imperio sea vencido
por el tiempo y sus relojes,
y deban soltar
el amor como pertrechos.

Podría afirmar
que me reconozco en mis manos:
con ellas escribo,
me visto,
me pienso,
me despabilo,
me sostengo.

Qué vacío habitará sus falanges
cuando corte su hilo
la última estrella,
cuando no queden
juguetes por guardar
ni taza de chocolate esperando
la caricia de alguien más.

Cómo podré guiarme
sin sus ojos,
abrigarme y oponer
manta al frío,
o evitar
ser ese renglón vacío
en mi poema final.

Llegado el momento,
cuando el mundo acabe su prisa,
nunca será más oportuno
dejarlo todo en sus manos.

Esdrújula onírica

Utópica fusión inequívoca,
lágrima onírica que cae
sobre la química fatídica
de una revelación.

Molécula impávida,
murciélago dramático,
fascinación.

Sarcófago sarcástico:
último vértice, vértigo,
exhumación.

Pulsión romántica,
geografía recóndita, ilegítima,
semáforo fáctico,
premeditación.

Gárgola tétrica
en trópico,
mascarón simbiótico,
océano, Poseidón.

Sinónimo soviético,
relámpago amnésico,
errático,
ópalo prostíbulo,
sílabas póstumas,
conscripción.

Etíope retórico,
semántico destino:
redención.

Morot? ñe??ngái

Por toda sangre aborigen, por cada gota perdida en manos de los conquistadores.

Yarará y bagual,
rebelde silueta del pantanal.
Huye a la muerte,
Malaica,
huye a la muerte,
Teruel.

Ojos que fueron cielo,
ahora ausencia y desolación,
sigilo.
Ndeko che amor,
ndeko che amor,
Malaica.

Tacuara que silba,
parte en dos el viento.
La sombra de la bestia
muerde las huellas,
las desgarras.

La tierra fue cobijo,
polvo y devastación.
Morot? ñe??ngái:
muerde el plomo la carne,
Morot? ñe??ngái:
la bala penetra,
morot? ñe??ngái,
la sangre tiñe el pajonal.

Hosâ,
hosâ Teruel.

Las moscas huelen a pólvora.

Río que atraviesa,
río que salva,
agua que calla y oculta.

Relincho de trueno,
pretal que ciñe,
asidos a las crines,
galope,
esperanza.

Hosâ,
hosâ Teruel.

Teruel opurahéi.
Teruel opurahéi.
La muerte no podrá
contra el canto.
Hosâ,
hosâ Teruel.

Nota de traducción (Guaraní ? Español)

Ndeko che amor ? Estás conmigo, amor.

Morot? ñe??ngái ? Blanco maldito (alusión al perseguidor, al opresor).

Hosâ ? Resiste / Aguanta.

Teruel opurahéi ? Teruel canta.

Moscas

Comienza a llover otra vez,
permanezco inmóvil en la calle, frente a tu ventana,
mientras me empapo de recuerdos,
cada gota es la síntesis íntima del caos
que aún no se deja caer.

Tengo moscas dentro de mi cabeza
que sobrevuelan mis pensamientos más oscuros,
y cada una trae un zumbido distinto,
como si el mundo insistiera en recordarme
que incluso el silencio espera algo de mí.

Hay grietas que se abren sin romper,
fisuras invisibles que me reescriben,
como un manuscrito que intenta ser.

Y sigo allí,
con la mente llena de insectos,
tratando de descifrar si el temblor es propio
o si es el universo respirando demasiado cerca.

A veces siento que pensar es una enfermedad lenta,
una fiebre que inventa espejos donde no hay rostros,
y aun así sigo allí,
porque en el fondo sospecho que la lucidez
también es una forma de desobediencia.

La luz de tu cuarto se apaga,
como la lluvia.

Y aunque sé que me he ido,
aún sigo allí,
pegado a ese borde tibio donde la ausencia respira,

esperando que el tiempo por una vez no cumpla su amenaza.

Alma

El alma navega
universos de agua salada,
se moja, se expande,
ríe,
llora,
persiste.

Leviatanes centinelas
acechan,
veloces,
precoces,
feroces,
cuerpos en vano.

Todo remedo de humanidad
trasmuta mar en conciencia,
donde permanece a salvo,
su intangibilidad.

Alma que calla.
Alma que guarda.
Alma que sostiene.

Abrázame.